



PRESENTACIÓN Y SELECCIÓN DE TEXTOS PRESENTATION AND SELECTION OF LITERARY TEXTS

Fecha de recepción: 8-01-2017 Fecha de aceptación: 8-03-2017

LAURA KLEIN

Filósofa, poeta, ensayista. Entre otros libros, publicó *Fornicar y matar - El problema del aborto*, Planeta (2005); ampliado y reeditado bajo el título *Entre el crimen y el derecho*, Booket (2013). Su último libro de poemas publicado es *La comedia de los panes*, Hilos Editora (2011).

Los tres textos que presento aquí son molestos. María Mascheroni molesta al sacudir los supuestos, equívocos o derivaciones que surgen del título “El lado oscuro de los ideales”. Virginia Despentés molesta al no empezar con el final, haciéndonos atravesar distintas formas de fracaso del ideal antes de mostrar que las cadenas que se rompen nunca existieron. D. H. Lawrence molestaba por herir las buenas costumbres y molesta ahora por enredarnos en la producción de los ideales venideros.

CLARIDAD MORTÍFERA

por MARÍA MASCHERONI (1)

“El lado oscuro de los ideales”. Este título lleva inmediatamente a pensar que hay un lado claro de los ideales, y a asimilar ese lado a lo bueno y el lado oscuro a algo perturbador o que hace mal

Como en la luna, tendríamos dos caras: la oscura e invisible, y la que se ve. Pero en el caso de los ideales la cara oscura parece serlo no sólo por estar fuera de la vista, o no estar iluminada, sino por ser censurable, caer bajo sospecha, o ser algo que tiende a ocultarse.

Hay imágenes que precipitan lo que en cada época se percibirá como oscuro. Y cierta inadvertida adhesión a ellas. Aún para quienes viven eso que se considera oscuro como su lado vital y más potente. Aún así ese que así siente sabe que su luz es vista como oscuridad.

Entonces: lo que se puede contar, lo que no, lo que falta, lo que se tiene, dos zonas separadas. Una estrategia que parece no admitir el mestizaje, lo indiscernible. ¿Estamos ante una encerrona? O esto o lo otro. Recuerdo a J. Genet en su *Diario de un ladrón*: recuerdo que al leer la maravillosa escena de miedo inmenso con que el ladrón entra a una casa a robar, percibí el miedo encarnado en el valor, en la valentía, el miedo como savia y condición. Ambas visibles en el texto de Genet, las dos caras de la moneda en este caso están fusionadas, y sin embargo siguen atrapadas, siguen siendo una lo oscuro y otra lo claro, y el puente perdido.

Pensar en esta cuestión binaria que nos aleja de pensar. El aspecto “bueno”, el no oscuro ¿podría estar ligado con algo formativo? ¿los ideales a alcanzar, los ideales como motor? ¿tal vez un disciplinamiento? Todo está iluminado, brillante, lejos, en los ideales. Esa distancia produce un ejército de endeudados, un ejército de morosos. El ideal, su claridad, tiene una dirección vertical, de elevación. Ese no lugar, ese atractor de nada, el desierto avanzando en nosotros. El ideal no alberga a nadie. No hay sombra donde recostarse y descansar. No hay dónde estar allí, su brillo es expulsivo. La actividad para alcanzarlo es incesante.

¿Cómo salir de la claridad mortífera del ideal?

Lo mortífero del ideal paradójicamente es su lado claro. Cuánta violencia, inhibición, cuánta impotencia, genera la superficie brillantemente violenta del ideal. Donde no se puede entrar y todos quedamos lejos mirando el brillo que enceguece y mata cualquier diferencia. No porque la diferencia en sí misma sea una maravilla, sino porque diferencia hay.

(1) Poeta. Psicoanalista. Ver especialmente “Consenso inútil: una mirada sobre poesía y muerte”, y “Dispositivos poéticos para crear salud”.



TEORÍA KING KONG por VIRGINIE DESPENTES (2)

Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas, las infollables, las histéricas, las taradas, todas las excluidas del gran mercado de la buena chica. Y empiezo por aquí para que las cosas queden claras: no me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. No cambiaría mi lugar por ningún otro, porque ser Virginie Despentes me parece un asunto más interesante que ningún otro.

Me parece formidable que haya también mujeres a las que les guste seducir, que sepan seducir, y otras que sepan casarse, que haya mujeres que huelan a sexo y otras a la merienda de los niños que salen del colegio. Formidable que las haya muy dulces, otras contentas en su feminidad, que las haya jóvenes, muy guapas, otras coquetas y radiantes. Francamente, me alegro por todas a las que les convienen las cosas tal y como son. Lo digo sin la menor ironía. Simplemente, yo no formo parte de ellas. Seguramente yo no escribiría lo que escribo si fuera guapa, tan guapa como para cambiar la actitud de todos los hombres con los que me cruzo. Yo hablo como proletaria de la feminidad: desde aquí hablé hasta ahora y desde aquí vuelvo a empezar hoy. Cuando estaba en el paro no sentía vergüenza alguna de ser una paria, sólo rabia. Siento lo mismo como mujer: no siento ninguna vergüenza de no ser una tía buena. Sin embargo, como chica por la que los hombres se interesan poco estoy rabiosa, mientras todos me explican que ni siquiera debería estar ahí. Pero siempre hemos existido. Aunque nunca se habla de nosotras en las novelas de hombres, que sólo imaginan mujeres con las que querrían acostarse. Siempre hemos existido, pero nunca hemos hablado. Incluso hoy que las mujeres publican muchas novelas, raramente encontramos personajes femeninos cuyo aspecto físico sea desagradable o mediocre, incapaces de amar a los hombres o de ser amadas. Por el contrario, a las heroínas de la literatura contemporánea les gustan los hombres, los encuentran fácilmente, se acuestan con ellos en dos capítulos, se corren en cuatro líneas y a todas les gusta el sexo. La figura de la pringada de la feminidad me resulta más que simpática: es esencial. Del mismo modo que la figura del perdedor social, económico o político. Prefiero los

que no consiguen lo que quieren, por la buena y simple razón de que yo misma tampoco lo logro. Y porque, en general, el humor y la invención están de nuestro lado. Cuando no se tiene lo que hay que tener para chulearse, se es a menudo más creativo. Yo, como chica, soy más bien King Kong que Kate Moss. Yo soy ese tipo de mujer con la que no se casan, con la que no tienen hijos, hablo de mi lugar como mujer siempre excesiva, demasiado agresiva, demasiado ruidosa, demasiado gorda, demasiado brutal, demasiado hirsuta, demasiado viril, me dicen. Son, sin embargo, mis cualidades viriles las que hacen de mí algo distinto de un caso social entre otros. Todo lo que me gusta de mi vida, todo lo que me ha salvado, lo debo a mi virilidad. Así que escribo aquí como mujer incapaz de llamar la atención masculina, de satisfacer el deseo masculino y de contentarme con un lugar en la sombra. Escribo desde aquí, como mujer poco seductora pero ambiciosa, atraída por el dinero que gano yo misma, atraída por el poder de hacer y de rechazar, atraída por la ciudad más que por el interior, siempre excitada por las experiencias e incapaz de contentarme con la narración que otros me harán de ellas. No me interesa ponérsela dura a hombres que no me hacen soñar. Nunca me ha parecido evidente que las chicas seductoras se lo pasen tan bien. Siempre me he sentido fea, pero tanto mejor porque esto me ha servido para liberarme de una vida de mierda junto a tíos amables que nunca me habrían llevado más allá de la puerta de mi casa. Me alegro de lo que soy, de cómo soy, más deseante que deseable. Escribo desde aquí, desde las invendibles, las torcidas, las que llevan la cabeza rapada, las que no saben vestirse, las que tienen miedo de oler mal, las que tienen los dientes podridos, las que no saben cómo montárselo, ésas a las que los hombres no les hacen regalos, ésas que follarían con cualquiera que quisiera hacerse con ellas, las más zorras, las más putitas, las mujeres que siempre tienen el coño seco, las que tienen tripa, las que querrían ser hombres, las que se creen hombres, las que sueñan con actrices porno, a las que les dan igual los hombres pero a las que sus amigas interesan, las que tienen el culo gordo, las que tienen vello duro y negro que no



se depilan, las mujeres brutales, ruidosas, las que lo rompen todo cuando pasan, a las que no les gustan las perfumerías, las que llevan los labios demasiado rojos, las que están demasiado mal hechas como para poder vestirse como perritas calentonas pero que se mueren de ganas, las que quieren vestirse como hombres y llevar barba por la calle, las que quieren enseñarlo todo, las que son púdicas porque están acomplejadas, las que no saben decir que no, a las que se encierra para poder domesticarlas, las que dan miedo, las que dan pena, las que no dan ganas, las que tienen la piel flácida, la cara llena de arrugas, las que sueñan con hacerse un lifting, una liposucción, con cambiar de nariz pero que no tienen dinero para hacerlo, las que están desgastadas, las que no tienen a nadie que las proteja excepto ellas mismas, las que no saben proteger, esas a las que sus hijos les dan igual, esas a las que les gusta beber en los bares hasta caerse al suelo, las que no saben guardar las apariencias; pero también escribo para los hombres que no tienen ganas de proteger, para los que querrían hacerlo pero no saben cómo, los que no saben pelearse, los que lloran con facilidad, los que no son ambiciosos, ni competitivos, los que no la tienen grande, ni son agresivos, los que tienen miedo, los que son tímidos, vulnerables, los que prefieren ocuparse de la casa que ir a trabajar, los que son delicados, calvos, demasiado pobres como para gustar, los que tienen ganas de que les den por el culo, los que no quieren que nadie cuente con ellos, los que tienen miedo por la noche cuando están solos.

Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no pura, bien casada pero no a la sombra, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre realizada pero no desbordada por los pañales y por las tareas del colegio, buen ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esa mujer blanca feliz que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecernos, aparte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte. Es posible incluso que no exista.

(2) Escritora, cineasta. Nacida en Francia. Recomiendo la lectura completa de *Teoría King Kong*, libro publicado por primera vez en París en 2006 y del cual publicamos aquí su primer capítulo.



HACIENDO EL AMOR CON MÚSICA por D. H. LAWRENCE (3)

Para mí, dijo Romeo, bailar es, simplemente, hacer el amor con música.

«-Será por eso que nunca quieres bailar conmigo- replicó Julieta.

-Bueno.. ¿Sabes una cosa? Eres demasiado personal. Es curioso, pero las ideas de una generación se convierten en los instintos de la siguiente. Todos nosotros somos, en gran parte, las ideas materializadas de nuestras abuelas y, sin saberlo, nos comportamos de tal forma. Es extraño que el injerto obre tan velozmente, pero así es. Si las ideas cambian con rapidez, habrá una transformación correlativamente rápida en la humanidad. Nos convertimos en lo que pensamos. Peor aún, nos hemos convertido en lo que pensaban nuestras abuelas. Y los hijos de nuestros hijos se convertirán en las cosas lamentables que nosotros estamos pensando. Lo cual es la caída psicológica de los pecados de los padres sobre los hijos. Porque nosotros no nos convertimos simplemente en los pensamientos elevados o hermosos de nuestras abuelas. ¡Ay, no! Somos la encarnación de las ideas más potentes de nuestros progenitores, y esas ideas son en su mayoría privadas, ideas que no deben ser reconocidas en público, sino transmitidas como instintos y como dinámica de la conducta hasta la tercera y la cuarta generación. ¡Ay, de las cosas sobre las cuales cavilaron en secreto nuestras abuelas y que desearon en privado! Esas cosas somos nosotros.

¿Qué desearon y quisieron nuestras abuelas? Hay algo indudable y es estas quisieron que les hicieran el amor con música. Quisieron que el hombre no fuese un ser vulgar que se precipitara hacia su objetivo y se acabó. Quisieron que resonaran melodías celestiales mientras él las tomaba de la mano y que irrumpiera un nuevo movimiento musical cuando les rodeara la cintura con el brazo. La música debía remontarse con infinitas variaciones, de un nivel a otro del galanteo, en deliciosa danza, las dos cosas inextricables, las dos personas también.

Para terminar, naturalmente, antes de la llamada consumación del galanteo que para nuestras abuelas en su sueño y, por lo tanto, para nosotros

en la realidad, es el gran anticlímax. No una consumación, sino un humillante anticlímax.

Esto es el llamado acto del amor en sí, el verdadero eje de todo el tema discutido: un anticlímax humillante. El tema discutido, desde luego, es el sexo. El sexo es muy encantador y muy delicioso mientras se hace el amor con música y se camina sobre las nubes con Shelley, en un *two step*. Pero de allí a llegar finalmente al grotesco trance de la capitulación... ¡No señor! ¡De ningún modo! ¡De ningún modo!

Hasta un hombre como Maupassant aparente devoto del sexo, decía lo mismo; y Maupassant es el abuelo o bisabuelo de muchísimos de nosotros. Seguramente, decía, el acto de la cópula es la cínica broma que nos hace el Creador. El haber creado en todos nosotros esos bellos y nobles sentimientos del amor, el hacer cantar al ruiseñor y a todas las esferas celestes tan sólo para colocarnos en esa grotesca postura, para ejecutar ese acto humillante, es una exhibición de cinismo propia de un demonio burlón y no de un benévolo Creador. ¡Pobre Maupassant, he ahí la clave de su catástrofe! Quería hacer el amor con música. Y comprendió, enfurecido, que no se puede copular con música. De modo que se dividió a sí mismo contra su voluntad y cerró los ojos con asco y luego copuló con mayor motivo.

Nosotros, sus nietos, somos más astutos...

(3) Escritor inglés (1885-1930) que cultivó la poesía y la novela y cuya obra *El amante de Lady Chatterley* le valió un juicio por obscenidad. Menos conocidos, sus ensayos muestran un pensamiento sutil que echa nueva luz sobre sus obras pero también sobre la prohibición que pesó sobre ellas tanto en EEUU como en Inglaterra.

